

Ética y felicidad: el utilitarismo de Stuart Mill

Dando un salto considerable en el tiempo, nos interesa exponer la teoría ética conocida como *utilitarismo*. Esta concepción también vincula la ética con la felicidad, aunque lo hace en un sentido bastante diferente del propuesto por Aristóteles. Un exponente fundamental del utilitarismo fue el filósofo inglés Stuart Mill (1806-1873).

Para el utilitarismo, lo bueno es lo útil; y este es lo placentero o lo que nos lleva hacia el placer. Como Aristóteles, Mill consideró que todas las personas buscan ser felices. Y relacionó la felicidad con el placer. Las acciones son buenas si tienden a promover la felicidad y son malas si producen lo contrario de la felicidad, es decir, el dolor. La felicidad es el placer y la ausencia del dolor, la infelicidad es el dolor y la ausencia del placer. Dice Mill:

El credo que acepta la Utilidad o Principio de la Mayor Felicidad como fundamento de la moral sostiene que las acciones son justas en la proporción con que tienden a promover la felicidad; e injustas en cuanto tienden a producir lo contrario de la felicidad. Se entiende por felicidad el placer, y la ausencia del dolor; por infelicidad, el dolor y la ausencia del placer (Mill; 1971: 139).

Dice el propio Mill que esta teoría genera rechazo porque el placer suele quedar asociado con el egoísmo y con los vicios. Pero ese rechazo supone, erróneamente, que los seres humanos no son capaces de placeres elevados; y eso significaría desconocer que las personas tienen facultades más elevadas que los animales.

Deseamos todo aquello que es placentero o que es un medio para eliminar el dolor y producir placer. Pero no todo placer es deseable. Hay placeres fugaces que nos terminan produciendo dolor, por ejemplo, un placer que perjudica la salud. La salud es un placer duradero y es preferible a placeres momentáneos e intensos que nos la quitan.

Para Stuart Mill, los placeres pueden diferenciarse según su calidad: hay placeres bajos y placeres elevados. Los primeros son, en general, los placeres corporales. Los placeres elevados se refieren a nuestras capacidades creativas e intelectuales. Los placeres suscitados por el estudio, la lectura, el ejercicio del pensamiento, la imaginación, la poesía, la música,

una obra de arte, la contemplación de una obra de arte son duraderos y estables, pues producen una satisfacción más plena que la generada por los placeres fugaces e inestables. Pero ¿quién decide que un placer sea preferible a otro? Mill da la siguiente respuesta:

Si se me pregunta qué quiere decir «diferencia de cualidad entre dos placeres», o qué hace que un placer sea más valioso que otro, sólo encuentro una respuesta posible; si de dos placeres, hay uno al cual [...] dan una decidida preferencia todos o casi todos lo que tienen experiencia de ambos, ese es el placer más deseable. [...]

Ahora bien, es un hecho incuestionable que quienes tienen un conocimiento igual y una capacidad igual de apreciar y gozar dan una marcada preferencia al modo de existencia que emplea sus facultades superiores. Pocas criaturas humanas consentirían que se las convirtiera en alguno de los animales inferiores, a cambio de un goce total de todos los placeres bestiales; ningún ser humano consentiría en ser un loco, ninguna persona instruida, en ser ignorante; ninguna persona con sentimiento y conciencia, en ser egoísta e infame. [...]

Un ser de facultades elevadas necesita más para ser feliz; probablemente, es capaz de sufrir más agudamente; [...] pero a pesar de estas desventajas, nunca puede desear verdaderamente hundirse en lo que él considera un grado inferior de la existencia. [...] Es mejor ser un hombre insatisfecho que un cerdo satisfecho, es mejor ser Sócrates insatisfecho, que un loco satisfecho (Mill, 1971: 140-141).

Frente a los que opinan que la felicidad es inalcanzable, Mill responde que puede alcanzarse siempre que no se la considere una vida en continuo éxtasis, sino una vida con momentos de exaltación, con pocos y transitorios dolores, y muchos y variados placeres. Además, la utilidad como principio no sólo incluye la búsqueda de la felicidad, sino también, la prevención o la mitigación de la desgracia.

Desde este punto de vista, la medicina es buena en sentido moral, pues ayuda a prevenir el dolor o a mitigarlo. La posición de Stuart Mill da lugar a la defensa de la lucha contra calamidades que son fuente de sufrimiento físico y mental, como la pobreza, la enfermedad, la malignidad.

Hasta aquí parece que el utilitarismo propone que cada uno busque su felicidad sin importarle lo que suceda con los demás. Sin embargo, el principio utilitarista propone que toda persona se ocupe, al mismo tiempo, tanto de la promoción de su felicidad particular como del incremento del bienestar general de todos los seres humanos, por lo que así contribuye a la producción de la mayor felicidad total. Según la teoría utilitarista, debemos actuar procurando lograr la mayor felicidad posible para la mayor cantidad de gente posible. Por eso, Mill enfatiza en la necesidad de que la política y la educación nivelen las desigualdades y generen, en cada individuo, un sentimiento de unidad con todo el resto, es decir, que no piense en el beneficio personal sin incluir a los otros en ese beneficio. En otras palabras, la felicidad individual debe subordinarse a la felicidad general, pues esta garantiza la felicidad individual.

Por eso, el utilitarista no descarta el sacrificio de la felicidad personal en pos de una felicidad más amplia. El sacrificio es noble si tiene como fin promover la felicidad de los demás. Pero no tiene sentido el sacrificio que no considere este fin. El sacrificio no vale por sí mismo, no es un fin en sí mismo. El mártir o el héroe se sacrifican en aras de algo que aprecian más que su felicidad personal: la felicidad de los demás. No se sacrificarían si creyeran que ese renunciamento podría producir en el prójimo una suerte igual a la suya. Merecen honores quienes renuncian a la felicidad personal para aumentar la felicidad del mundo, pero no los merecen quienes se retiran del mundo para vivir una vida sacrificada (como los ascetas), pues ese sacrificio no tiene ningún sentido. Un sacrificio que no aumenta ni tiende a aumentar la suma total de la felicidad es un desperdicio.

¿Qué debe tenerse en cuenta para determinar si un acto es bueno o malo? Para la postura utilitarista, fundamentalmente, deben medirse las consecuencias concretas de ese acto. No interesan sus motivos, sino sus resultados. Por esta razón, hay actos que habitualmente podrían considerarse malos pero que, en determinadas situaciones, pueden ser buenos. Por ejemplo, mentir suele ser un acto malo; pero la mentira piadosa puede ser buena. Si se miente para conseguir algún fin útil para nosotros o para los demás, puede considerarse un acto bueno. Por supuesto, el cultivo de la veracidad es lo que más puede servirnos a nosotros y a la comunidad. Pero esta regla, como cualquier otra, admite excepciones. Lo que es justo en casos ordinarios no lo es en un caso particular. En determinadas circunstancias, la mentira puede producir

más beneficios que daños. En ese caso, la mentira no sería condenable, sino recomendable.

¿Cómo sabemos de qué manera actuar en cada situación particular? Es cierto que cada circunstancia es única, pero también existen situaciones similares que nosotros u otros antes que nosotros han vivido. Las experiencias de nuestros antepasados nos han ido mostrando las posibles consecuencias de las acciones. Conocemos los efectos que tienen los actos humanos porque hemos podido verlos en acciones realizadas por otros. Por eso, no es preciso en cada situación particular calcular los efectos de nuestra acción. Ya sabemos, aproximadamente, cómo debemos actuar.

¿Siempre los actos se miden por sus consecuencias? ¿No existen actos que valgan por sí mismos? ¿Siempre todo lo que hacemos lo hacemos en pos de un fin superior, como la felicidad? Aquí puede haber una confusión. La felicidad tiene partes o ingredientes, y cada una es deseable por sí misma. La salud, por ejemplo, es una parte de la felicidad. La salud es un fin en sí mismo, no es medio para otro fin. El placer de escuchar música o de conversar con un amigo son partes de la felicidad. Son actos deseables por sí mismos pues nos hacen felices. No son medios para alcanzar la felicidad. También ser una buena persona es parte de la felicidad. No buscamos ser buenos para lograr otra cosa. La bondad de nuestra conducta nos proporciona placer. Nos sentimos bien ayudando a otros, y eso vale por sí mismo. Actuar mal, por el contrario, nos genera dolor o insatisfacción. Sentimos culpa o la reprobación de quienes nos rodean. Por eso, el actuar mal no nos conduce a la felicidad.

Ética y ley moral: la ética kantiana

El mayor opositor a las concepciones éticas que las vinculan con sus consecuencias (el placer, la felicidad) ha sido el filósofo alemán Immanuel Kant (1724- 1804)².

Para este filósofo, los seres humanos somos, a la vez, seres naturales y racionales. Por ser naturales, nos regimos por las leyes de la naturaleza: nos alimentamos, dormimos, bebemos agua, crecemos, envejecemos y

² Véase que la obra

morimos. Pero, por ser racionales, nos regimos por la ley moral. Esta ley se encuentra en nuestra razón y es la misma para todos los seres humanos: es válida para todas las personas en todas las épocas y en cualquier situación. Para Kant, esta ley, que él llama *imperativo categórico*, es: «Obra como si la máxima de tu acción debiera tomarse, por tu voluntad, ley universal» (Kant, 1946: 76).

Es decir, el imperativo categórico exige que los principios en los que basamos las decisiones en torno a nuestras acciones morales (lo que Kant llama *máximas*) deben ser compatibles con nuestro querer hacer de ellos una ley que gobierne las acciones de todos los seres racionales.

La ley moral —el imperativo categórico— sostiene que cuando nos proponemos hacer algo, debemos asegurarnos de que desearíamos que todos los demás hicieran lo mismo si se encontrasen en la misma situación. Es decir, lo que creo que vale para mí, debe valer también para todos los demás.

Cuando actuamos bien, no tenemos dificultad en concebir que lo que nos proponemos hacer valga como ley universal. Si me propongo salvar a alguien que se encuentra en peligro, puedo querer que todos actúen igual si se encuentran en la misma situación. Así, intentar salvar a los demás cuando se encuentran en peligro es un deber moral. En cambio, si me propongo mentir, no puedo querer que todos mientan, porque si todos mintieran, nadie creería en la palabra de los demás, con lo cual la palabra misma dejaría de tener sentido. Por eso, cuando actuamos mal, no queremos que lo que nos proponemos hacer se convierta en ley universal. Cuando actuamos mal, pretendemos ser la excepción. El mentiroso quiere mentir, pero no quiere que le mientan, se considera a sí mismo una excepción, se cree autorizado a engañar, pero niega tal autorización a los demás.

Kant se opone a toda ética que valore los actos por sus fines o consecuencias. Lo que importa no es el fin de los actos ni los resultados concretos. Lo único que importa es el querer, es decir, la intención del acto. Y la única intención que hace que un acto sea bueno es la intención de cumplir el deber. Sólo es buena la conducta que se realiza por deber. No importa la utilidad de esa conducta o si logra algún resultado. Sólo importa que se haya producido con buenas intenciones. La razón no nos obliga a realizar ciertos actos para ser felices. La felicidad no es el fin de los actos morales. La razón nos manda ser buenos, más allá de que esa bondad produzca placer o felicidad.

Los actos buenos son los que se realizan por deber, por conciencia del deber. Actúa bien quien lo hace por obligación moral, sin tener en cuenta si esa acción le conviene o lo perjudica. En cambio, si una persona actúa correctamente, pero lo hace por conveniencia o interés, ese acto no puede ser considerado bueno. Incluso, la persona solidaria que actúa en favor de quienes tienen necesidades y siente satisfacción por comportarse así, estaría conduciéndose de acuerdo con el deber, pero podría no estar haciéndolo por deber. En palabras de Kant:

Ser benéfico en cuanto se puede es un deber; pero, además, hay muchas almas tan llenas de conmiseración, que encuentran un placer íntimo en distribuir la alegría en torno suyo, sin que a ello las impulse ningún movimiento de vanidad o de provecho propio, y que pueden regocijarse del contento de los demás, en cuanto que es su obra. Pero yo sostengo que, en tal caso, semejantes actos, por muy conformes que sean al deber, por muy dignos de amor que sean, no tienen, sin embargo, un valor moral verdadero y corren parejo con otras inclinaciones [...] Pero supongamos que el ánimo de ese filántropo esté envuelto en las nubes de su propio dolor, que apaga en él toda conmiseración por la suerte del prójimo. Si entonces, cuando ninguna inclinación lo empuja a ello, sabe desasirse de esta mortal insensibilidad y realiza la acción benéfica sin inclinación alguna, sólo por deber, entonces, y sólo entonces, posee esta acción su verdadero valor moral (Kant; 1946: 35).

Así, Kant distingue entre *legalidad* y *moralidad*. Un acto es legal cuando coincide con el deber. Pero puede no ser moral si se realiza por interés, por conveniencia, por miedo, por satisfacción personal, y no por conciencia del deber. Por eso, una persona correcta puede no ser una buena persona. Puede actuar correctamente porque tiene miedo de hacer algo que sea visto como malo por los demás, porque tiene miedo del *qué dirán*. La persona moralmente buena hace el bien por deber, no por interés. Kant señala además que la ley moral que hay en nosotros nos dice: «[...] cuando actúes, trata a la humanidad, tanto en tu persona como en la persona de cualquier otro, siempre como un fin y nunca sólo como un medio» (Kant, 1946: 83).

El ser humano es un fin en sí mismo. Los seres humanos son personas porque son fines en sí mismos. En su lugar, no puede ponerse ningún otro fin para el que ellos deban servir como medios. Por ejemplo, cuando hacemos una promesa falsa, estamos usando al otro como medio para nuestros fines, aprovechándonos de él para lograr nuestros propósitos. Cada uno debe tratarse a sí mismo y a todos los demás como un fin en sí mismo, y nunca sólo como un medio.

El ser humano se encuentra por encima de todo precio, no puede ser cambiado por nada equivalente. Vale por sí mismo, es decir, tiene dignidad. Las personas tienen un valor intrínseco, no relativo. Las personas son, en tanto personas, insustituibles.

Ética y alteridad: la ética de Lévinas

El filósofo contemporáneo Emmanuel Lévinas (1905-1995), nacido en Lituania, propone una concepción ética que se contrapone a las teorías ligadas a la búsqueda de la felicidad y que se diferencia, a su vez, de la concepción ética kantiana.

En las teorías arriba expuestas, el sujeto moral es entendido como un sujeto racional que, o bien define racionalmente el fin de su acción y evalúa cuáles son los medios adecuados para alcanzarlo, o bien descubre